

LECTIO DIVINA

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTES DEL SEÑOR

(19 de mayo 2024)

Hech 2,1-11

Sal 103

1Cor 12,3-7.12-13 (Gal 5,16-25)

Jn 20,19-23

En la solemnidad de Pentecostés, la liturgia nos invita a mirar al Espíritu Santo y tomar conciencia de su acción en la Iglesia y en el mundo. Fuente inagotable de Vida, el Espíritu, transforma, renueva, guía, anima, fortalece, construye comunidad, fomenta la unidad, transmite a los discípulos la fuerza para asumirse como heraldos del Evangelio de Jesús.

El Evangelio nos presenta la comunidad de la Nueva Alianza reunida en torno a Jesús resucitado. Para Juan, esta comunidad se convierte en una comunidad viva, recreada, renovada, por el don del Espíritu. Fortalecidos por el Espíritu que Jesús resucitado les transmite, los discípulos pueden salir al encuentro del mundo para transformarlo y renovarlo.

En la primera lectura, el autor de los Hechos de los Apóstoles nos presenta al Espíritu Santo como la Nueva Ley que guía y anima al Pueblo de la Nueva Alianza. El Espíritu hace que hombres y mujeres de todas las razas y culturas acojan la Buena Nueva de Jesús y formen una comunidad unida y fraterna, que habla un mismo idioma, el del amor.

En la segunda lectura, Pablo presenta el Espíritu como fuente de vida para la comunidad cristiana. Es el Espíritu quien concede los dones que enriquecen a la comunidad y que fomenta la unidad de todos los miembros. Por tanto, los dones del Espíritu no pueden utilizarse para beneficio personal, sino que deben ponerse al servicio de todos.

Hechos 2,1-11

El día de Pentecostés, todos los discípulos estaban reunidos en un mismo lugar. De repente se oyó un gran ruido que venía del cielo, como cuando sopla un viento fuerte, que resonó por toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron lenguas de fuego, que se distribuyeron y se posaron sobre ellos; se llenaron todos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en otros idiomas, según el Espíritu los inducía a expresarse.

En esos días había en Jerusalén judíos devotos, venidos de todas partes del mundo. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Atónitos y llenos de admiración, preguntaban: "¿No son galileos, todos estos que están hablando? ¿Cómo, pues, los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay medos, partos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene. Algunos somos visitantes, venidos de Roma, judíos y prosélitos; también hay cretenses y árabes. Y sin embargo, cada quien los oye hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua". **Palabra de Dios.**

AMBIENTE

La obra de Lucas abarca dos “tiempos” diferentes, dos etapas de la “historia de la salvación”: el “tiempo de Jesús” (Evangelio) y el “tiempo de la Iglesia” (Hechos de los Apóstoles). El “tiempo de Jesús” es el “tiempo” en el que Jesús estuvo físicamente presente entre sus discípulos y caminó con ellos por los pueblos y aldeas de Palestina anunciando el Reino de Dios; el “tiempo de la Iglesia” es el tiempo en el que Jesús ya ha regresado al Padre y son los discípulos quienes asumen la misión de dar testimonio de la salvación de Dios.

Por tanto, los Hechos de los Apóstoles nos sitúan en el “tiempo de la Iglesia”. El libro nos presenta los principales momentos de esta aventura misionera que lleva la propuesta de Jesús desde Jerusalén hasta los confines del mundo (Hechos 1,8). Los discípulos, sin embargo, no recorrerán solos este camino: serán ayudados y guiados por el Espíritu Santo, según la promesa de Jesús (cf. Hch 1,5.8).

El “tiempo de la Iglesia” comienza en Jerusalén, poco después de la resurrección/ascensión de Jesús. Según el plan teológico de Lucas, fue en Jerusalén donde irrumpió la salvación de Dios en la historia de los hombres; y será desde Jerusalén que esta salvación se extenderá por todo el mundo. El “inicio” de esta aventura que llevará el Evangelio de Jesús al mundo se dio con la recepción, por parte de los discípulos, del Espíritu Santo.

En el libro de los Hechos, Lucas nos cuenta que la comunidad de Jesús encontró al Espíritu Santo el día que los judíos celebraban la fiesta judía de Pentecostés (en hebreo “*Shavu'ot*”). Esta fiesta (también llamada “*fiesta de las semanas*” y “*fiesta de las primicias*”) tenía lugar cincuenta días después de Pascua y era, ante todo, una fiesta agrícola: una vez terminada la cosecha de cereales, los agricultores se dirigían al Templo, al sonido de música de flauta, para entregar a Dios las primicias de la cosecha (“*bicurim*”). Eran recibidos con cantos de bienvenida, entraban al templo y entregaban en manos de los sacerdotes las cestas con los frutos que habían traído. Posteriormente, sin embargo, la tradición rabínica vinculó esta fiesta a la celebración de la “alianza” y el don de la Ley, en el Sinaí; y, en el siglo primero esta dimensión tuvo un lugar importante en la celebración de Pentecostés.

Respecto al texto que se nos propone este domingo como primera lectura y que describe los acontecimientos del día de Pentecostés, no hay duda de que se trata de una construcción artificial, creada por Lucas con una clara intención teológica. Para presentar su catequesis, Lucas utiliza imágenes, símbolos y el lenguaje poético de las metáforas. Tenemos que decodificar los símbolos para llegar a la pregunta esencial que la catequesis primitiva, a través de las palabras de Lucas, quiso dejarnos. Por lo tanto, una interpretación literal de este relato sería una buena manera de pasar por alto la esencia del mensaje; nos haría fijarnos en la ropa exterior, el folclore, e ignorar lo fundamental. El interés fundamental de Lucas, nuestro catequista, es presentar a la Iglesia como la comunidad nacida de Jesús, asistida por el Espíritu y llamada a testimoniar a los hombres el proyecto liberador del Padre.

MENSAJE

El evangelista Juan dice que Jesús, el mismo día en que resucitó, se apareció en medio de los discípulos reunidos y, soplando sobre ellos, les dijo: “*reciban el Espíritu Santo*” (Juan 20,22). Este marco responde al objetivo de la catequesis del autor del Cuarto Evangelio: decir que el Espíritu es un don que Jesús resucitado ofrece a sus seguidores, antes de dejarlos, para que ellos, animados por la fuerza de Dios, puedan salir al encuentro del mundo y dar testimonio del Reino.

Sin embargo, Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, sitúa el don del Espíritu en el día de Pentecostés (“*cuando llegó el día de Pentecostés*” – v. 1), cincuenta días después de la Pascua. ¿Por qué? ¿Estamos ante datos históricos o datos teológicos?

Al colocar el don del Espíritu en el día en que la comunidad judía celebró la alianza y el don de la Ley, en el Sinaí, Lucas no está ubicando cronológicamente un evento; pero está sugiriendo que la comunidad nacida de Jesús es la comunidad de la Nueva Alianza y que el Espíritu será su Ley. El camino que seguirá esta comunidad no estará marcado por una Ley externa, escrita en tablas de piedra (como la Ley del Sinaí); pero será diseñado por el Espíritu Santo que reside en el corazón de los discípulos. La comunidad nacida de Jesús y guiada por el Espíritu es el nuevo Pueblo de Dios. Así se cumple la promesa hecha por Dios a través del profeta Ezequiel: “*Les daré un corazón nuevo e introduciré en ustedes un Espíritu nuevo, arrancaré de su pecho el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Pondré mi Espíritu dentro de ustedes, haciéndolos seguir mis leyes y obedecer y practicar mis preceptos*” (Ez 36,26-27). Luego Lucas continúa narrando la manifestación del Espíritu (v. 2-4). El escenario de esta manifestación está decorado con dos símbolos muy expresivos: el “**viento fuerte**” y el “**fuego**”. Son los símbolos de la revelación de Dios en el Sinaí, cuando Dios propuso una alianza al Pueblo, le dio una Ley y lo constituyó en Pueblo de Dios (cf. Ex 19,16.18; Dt 4,36). Estos símbolos evocan la fuerza de Dios que, irresistiblemente, entra en la vida de su Pueblo, transforma los corazones de su Pueblo, constituye la comunidad de Dios.

El Espíritu (fuerza de Dios, presencia activa de Dios) que desciende sobre los discípulos aparece en forma de “**lengua de fuego**”. ¿Por qué el autor de Hechos presenta el Espíritu en esta forma particular? El “lenguaje” evoca la capacidad de comunicarse, de establecer vínculos, de construir comunidad. “Hablar

otras lenguas” significa crear relaciones, superar el gueto, la división, el egoísmo, la marginación. En la antigua historia de la “torre de Babel” (cf. Gn 11,1-9), el orgullo, la ambición excesiva, la autosuficiencia, el egoísmo, llevaban a los hombres a la separación, a la incompreensión, a la confusión de lenguas, a la incapacidad de comunicarse y colaborar en proyectos comunes. Ahora ha llegado un tiempo nuevo: el Espíritu que Dios derrama sobre los discípulos, en forma de lenguas de fuego, revertirá la historia de Babel y dará origen a un Pueblo nuevo, capaz de comunicar, dialogar, vivir en comunión.

Es en este contexto que debemos comprender los efectos de la manifestación del Espíritu descrita por el autor de los Hechos de los Apóstoles (cf. Hechos 2, 5-13): los discípulos proclamaron su anuncio y cada uno de los presentes escuchó ellos hablan “en su propia lengua” (v. 6). La lista de personas que, el día de Pentecostés, escucharon a los apóstoles y tuvieron esta experiencia de comunión, incluye representantes de todo el mundo antiguo, desde Mesopotamia, pasando por Canaán, Asia Menor, el norte de África, hasta Roma. Aunque separados por barreras de raza, idioma, cultura y geografía, todas estas personas podrán escuchar la proclamación “*de las maravillas de Dios*” (v. 11). La expresión define el anuncio del Evangelio, fuente de Vida, de amor, de comunión, de fraternidad y de salvación para todos. Quienes estén dispuestos a aceptar este anuncio se unirán a la comunidad de salvación, donde se habla el mismo idioma (el del amor). Sin dejar atrás su cultura, sus diferencias, sus propias realidades, todos podrán vivir esta comunión que une a personas muy diferentes a través de lazos familiares.

Esta nueva comunidad es la Iglesia de Jesús, Pueblo de la Nueva Alianza, la nueva humanidad: nacida del anuncio del Evangelio, reunirá en una misma familia a hombres y mujeres de todas las razas y culturas, vivificados por el Espíritu; y el Espíritu será, para esta comunidad, fuente perenne de unión, de amor y de libertad.

ACTUALIZACION

+ Hoy, para bien o para mal, todo el mundo habla de la “Iglesia” y tiene una opinión sobre la vida de la “Iglesia”. ¿Qué es la “Iglesia”? ¿Cuál es la esencia, el “alma” de esta realidad que llamamos “Iglesia”? ¿Qué quiere ella? ¿Cuál es tu papel en el mundo? En esta catequesis sobre los acontecimientos de Pentecostés tenemos los elementos esenciales para responder a estas preguntas. Según el autor de los Hechos, la Iglesia es una comunidad de hombres y mujeres convocados por Jesús, que se adhieren a Jesús y a su Buena Noticia; son animados, sostenidos y dirigidos por el Espíritu Santo a lo largo de todo el camino que recorren en la historia; Su misión es continuar la obra de Jesús en el mundo: anunciar el Reino de Dios, luchar contra el mal, curar a los que sufren, testimoniar con palabras y gestos el amor de Dios, llevar la salvación de Dios a todos los rincones de la tierra. De escuchar y acoger la propuesta que, en nombre de Jesús, la Iglesia presenta al mundo, resulta la comunidad universal de salvación, que vive en el amor y el compartir, a pesar de las diferencias culturales y étnicas. ¿Nos sentimos realmente miembros de esta familia? ¿Nos identificamos con ello? ¿La “Iglesia” de la que formamos parte es una comunidad de hermanos que se aman, a pesar de sus diferencias? ¿Estás reunido por causa de Jesús y alrededor de Jesús? ¿Eres consciente de que el Espíritu está presente y te anima? ¿Das testimonio, eficaz y coherente, de la propuesta liberadora que dejó Jesús?

+ El relato del autor de los Hechos de los Apóstoles quiere afirmar claramente que el Espíritu Santo fue el responsable del cambio de actitud de los discípulos ante la tarea que les había confiado Jesús. Antes de Pentecostés, el grupo de discípulos estaba encerrado entre cuatro paredes, incapaces de vencer el miedo y correr riesgos, sin iniciativa y sin valor para dar testimonio; Después de Pentecostés, vemos una comunidad unida y valiente que supera sus limitaciones humanas y da testimonio en voz alta de su fe en Jesús resucitado. El Espíritu aclara las cosas, barre el miedo, abre puertas, quita las telarañas que el paso del tiempo deja acumular, señala los caminos que hay que recorrer, desdibuja las diferencias y presenta al mundo una Iglesia con un rostro hermoso, renovado y valiente. ¿Son nuestras comunidades cristianas conscientes del papel del Espíritu en la construcción y animación de la Iglesia? ¿Damos suficiente espacio a la acción del Espíritu, en nosotros mismos y en nuestras comunidades?

+ La Iglesia reúne en su “casa” a personas muy diversas, provenientes de contextos culturales, políticos y sociológicos muy diferentes. Esta diversidad nunca debe verse como un problema, sino más bien como una inmensa riqueza. Para convertirse en cristiano, a nadie se le debe despojar de su cultura o identidad:

ni los africanos, ni los europeos, ni los asiáticos, ni los sudamericanos, ni los negros, ni los blancos; pero todos están invitados, con sus diferencias, a acoger este proyecto liberador de Dios, que hace que los hombres dejen de vivir de espaldas, para vivir en el amor. ¿Es la Iglesia de la que formamos parte este espacio de libertad y fraternidad? En él, todos encuentran un lugar y son acogidos con amor y respeto: ¿incluso aquellos de otras razas, incluso aquellos que no nos gustan, incluso aquellos que no forman parte de nuestro círculo, incluso aquellos a quienes la sociedad margina y rechaza?

Salmo 103

R. Envía, Señor, tu Espíritu, a renovar la tierra. Aleluya.

Bendice, al Señor, alma mía;
Señor y Dios mío, inmensa es su grandeza.
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

R. Envía, Señor, tu Espíritu, a renovar la tierra. Aleluya.

Si retiras tu aliento,
toda creatura muere y vuelve al polvo.

Pero envías tu espíritu, que da vida,
y renuevas el aspecto de la tierra.

R. Envía, Señor, tu Espíritu, a renovar la tierra. Aleluya.

Que Dios sea glorificado para siempre
y se goce en sus creaturas.

Ojalá que le agraden mis palabras
y yo me alegraré en el Señor.

R. Envía, Señor, tu Espíritu, a renovar la tierra. Aleluya.

1Corintios 12,3-7.12-13

Hermanos: Nadie puede llamar a Jesús "Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo.

Hay diferentes dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diferentes servicios, pero el Señor es el mismo.

Hay diferentes actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común.

*Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos ellos, a pesar de ser muchos, forman un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque todos nosotros, seamos judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo, y a todos se nos ha dado a beber del mismo Espíritu. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

La obra misionera de Paulo de Tarso, a mediados de siglo I llevó cristianismo al mundo griego. Pablo, después de un cierto discernimiento, había llegado a la conclusión de que la propuesta de Jesús era para todos los pueblos de la tierra y no exclusivamente para los judíos. Sin embargo, el contexto judío –donde se originó el cristianismo– y el contexto griego eran realidades culturales y religiosas bastante diferentes. ¿Cómo se sostendría la propuesta cristiana inmersa en un mundo que operaba con dinamismos que le eran ajenos? ¿Absorbería o distorsionaría la brillante cultura griega los valores cristianos? ¿Cómo integrarían los cristianos de origen griego su fe en la realidad cultural en la que estaban insertos? La comunidad cristiana de Corinto sintió de manera especial todo este problema. En la Primera Carta a los Corintios, Pablo aborda varias cuestiones que le plantearon los cristianos de Corinto y donde, como “telón de fondo”, está la cuestión del encaje de los valores cristianos con los valores de la cultura griega.

Uno de los temas donde este problema, de alguna manera, está presente es el tema de los “*carismas*”. La palabra “carisma” tiene su origen en el ámbito religioso cristiano, especialmente en la teología paulina. Designa dones especiales del Espíritu, concedidos a un individuo específico – independientemente de su posición en la institución eclesiástica – para el bien de las personas, para las necesidades del mundo y, en particular, para la edificación de la Iglesia. En las cartas de Pablo se habla insistentemente de “carismas” que animaban la vida y el dinamismo de las comunidades cristianas.

Algunos cristianos de Corinto, sin embargo, influenciados por ciertas experiencias religiosas que existían en la religión tradicional griega, entendían los “carismas” de una manera muy peculiar. Conocían, por ejemplo, los “oráculos”, a través de los cuales los dioses, utilizando intermediarios humanos, transmitían sus instrucciones (santuario de Delfos, sacerdotisas de Dodona); También conocían ciertos rituales en los que los creyentes, a través de trance, experiencias orgiásticas, excesos de diversos tipos, se “fusionaban”

con el dios al que adoraban (misterios de Dioniso, culto a Cibeles). Por tanto, confundieron los “carismas” cristianos con algunas de estas prácticas paganas; y, posiblemente, incluso hicieron uso de dones carismáticos en un ambiente similar al de ciertas ceremonias religiosas paganas.

Además, al considerarse “elegidos por Dios”, algunos de estos carismáticos reivindicaron un papel protagonista que dañaba la comunión fraterna. Presentándose como “ilustrados”, mensajeros indiscutibles de las cosas divinas, asumieron actitudes de autoritarismo y soberbia que no favorecían la fraternidad; despreciaban a quienes no habían sido dotados de estos dones, considerándolos como “cristianos de segunda”, limitados a un lugar subordinado en el contexto comunitario.

Todo esto provocó natural alarma en la comunidad cristiana de Corinto. Paulo, informado de la situación, decidió intervenir para evitar abusos y malentendidos. En la Primera Carta a los Corintios corrige, da consejos, muestra la inconsistencia de estos comportamientos, incompatibles con el Evangelio de Jesús. Su intervención en este campo aparece en los capítulos 12 a 14 de la citada Carta. La segunda lectura de este domingo es parte de este contexto.

MENSAJE

Pablo busca ayudar a los corintios a enmarcar los “carismas” apropiadamente, no sólo en la dimensión de la vida personal, sino también en el contexto comunitario.

La primera cuestión que aborda Pablo es la del criterio fundamental para juzgar la validez de los dones carismáticos. El “carisma” no puede confundirse con determinadas actitudes que resultan de la búsqueda de protagonismo o de la salvaguarda de intereses personales. Según Pablo, el verdadero “carisma”, el que viene del Espíritu, es el que nos lleva a confesar que “Jesús es el Señor” (v. 3b). Si alguien, con sus palabras o con sus actitudes, niega a Jesús o su autoridad sobre el mundo y sobre la historia, está claro que no habla ni actúa iluminado por el Espíritu Santo. No puede haber oposición entre Cristo y el Espíritu; cualquier manifestación que ponga en tela de juicio lo esencial de la fe no proviene del Espíritu y no resulta de un auténtico “carisma”.

Luego, Pablo enumera los diferentes carismas concedidos a los miembros de la comunidad; pero recuerda que, a pesar de la diversidad de dones espirituales, es el mismo Espíritu el que actúa en todos; a pesar de la diversidad de funciones, es el mismo Señor Jesús quien está presente en todos; a pesar de la diversidad de acciones, es el mismo Dios quien actúa en todos. Todos los carismas, por muy diversos que sean, están unificados en un mismo Dios Trino (v. 4-6). Los “carismas” no dividen y no pueden usarse para dividir a la comunidad. Unen a los miembros de la comunidad en torno a un mismo Dios, un mismo Señor Jesús, un mismo Espíritu, una misma experiencia de fe. Un “carisma” que no es factor de unidad es un falso “carisma”.

Pablo también garantiza que los dones que el Espíritu concede “a cada uno” son “para el bien común”, para beneficio de todos (v. 7). Estos dones no pueden, por tanto, utilizarse para el propio beneficio, para promocionarse, para mejorar la propia posición o el propio “ego”; son para el bien de toda la comunidad y sólo tienen sentido mientras se pongan al servicio de la comunidad.

Pablo concluye su reflexión aplicando la metáfora del “cuerpo” a la comunidad. Como un “cuerpo”, la comunidad está formada por varios miembros, cada uno con funciones diferentes; pero todos ellos constituyen un único “cuerpo”. La Iglesia, el “cuerpo” de Cristo, está compuesta también por miembros muy diversos (v. 12), cada uno de ellos con su propia función y riqueza; pero todos los miembros de este “cuerpo” fueron bautizados en un solo Espíritu y todos beben de la misma vida que les viene de ese único Espíritu (v. 13). Es un mismo Espíritu, fuente de Vida para todo el “cuerpo” que distribuye sus dones, fomenta la cohesión, dinamiza la fraternidad y es responsable de la unidad de los diversos miembros que forman la comunidad.

ACTUALIZACION

+ Todos los que componen la comunidad cristiana son miembros de un único “cuerpo”, el “*cuerpo de Cristo*”; todos los que son miembros del “cuerpo de Cristo” viven y se alimentan del mismo Espíritu; Todos los que se alimentan del mismo Espíritu forman una familia de hermanos y hermanas iguales en dignidad. Pueden, naturalmente, desempeñar distintas funciones, como ocurre con los miembros de un

cuerpo; pero todos son igualmente importantes como miembros del “cuerpo de Cristo”. Todo esto parece indiscutible, a la luz de la doctrina de Pablo. Sin embargo, a menudo encontramos cristianos muy conscientes de su superioridad y de su situación “aparte” en la comunidad (ya sea por el papel que desempeñan o por sus “cualidades” humanas), a quienes les gusta hacerse notar y hacerse valer. su autoridad o su “estatus”. A veces, vemos actitudes de arrogancia y autoritarismo por parte de quienes se consideran depositarios de dones especiales; a veces, tenemos la sensación de que la estructura eclesial funciona en un modelo piramidal, con una élite que preside y toma decisiones instalada en la cima, y un “rebaño” silencioso que obedece instalado en la base. ¿Tiene esto algún sentido, a la luz de la doctrina que expone Pablo? ¿Cómo entendemos nuestro lugar y papel en la comunidad cristiana?

+ Los dones que el Espíritu concede, por personales que sean, están para servir al bien común y reforzar la experiencia comunitaria. Quien los reciba debe ponerlos al servicio de todos, con humildad y sencillez. No tiene sentido ocultar los “regalos” que recibimos, guardándolos sólo para nosotros y dejándolos estériles; tampoco tiene sentido utilizar los “regalos” que recibimos de tal manera que se conviertan en un factor de conflicto o división. ¿Los “regalos” que se nos conceden se ponen al servicio de la comunidad? ¿Son fuente de encuentro, de comunión, de compartir, de Vida, para la comunidad de la que formamos parte?

+ El Espíritu Santo es presencia imprescindible en el camino que cada día recorre la Iglesia: es Él quien alimenta, quien anima, quien fortalece, quien da Vida al Pueblo de Dios peregrino; es Él quien distribuye los dones según las necesidades y quien, con esos dones, recrea continuamente la Iglesia; Es Él quien guía la marcha, quien indica los caminos a seguir, quien ayuda a tomar las decisiones necesarias para que “la barca de Pedro” llegue a buen puerto. ¿Somos conscientes de la presencia del Espíritu, tratamos de escuchar su voz y comprender sus instrucciones?

Secuencia Veni, Sancte Spiritus

Ven, Dios Espíritu Santo,
y envíanos desde el cielo
tu luz, para iluminarnos.

Sin tu inspiración
divina los hombres nada
podemos y el pecado nos domina.

Ven ya, padre de los pobres,
luz que penetra en las almas,
dador de todos los dones.

Lava nuestras inmundicias,
fecunda nuestras desiertos
y cura nuestras heridas.

Fuente de todo consuelo,
amable huésped de alma,
paz en las horas de duelo.

Doblega nuestra soberbia,
calienta nuestras frialdad,
endereza nuestras sendas.

Eres pausa en el trabajo;
brisa, en un clima de fuego;
consuelo, en medio del llanto.

Concede a aquellos que ponen
en ti su fe y su confianza
tus siete sagrados dones.

Ven, luz santificadora,
y entra hasta el fondo del alma
de todos los que te adoran.

Danos virtudes y méritos,
danos una buena muerte
y contigo el gozo eterno.

Juan 20,19-23

Al anoecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: "La paz esté con ustedes". Dicho esto, les mostró las manos y el costado.

Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría. De nuevo les dijo Jesús: "La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo".

Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar". **Palabra del Señor.**

AMBIENTE

Jesús fue crucificado un viernes por la mañana –día de “preparación” para la Pascua– y murió a las tres de la tarde de ese día. Después de su muerte, un soldado le atravesó el corazón con una lanza; y del corazón abierto de Jesús salió sangre y agua (cf. Jn 19,31-37). El evangelista Juan ve en la sangre que brota del costado abierto de Jesús el signo de su amor entregado hasta el extremo (cf. Jn 13,1); y ver en el agua que brota del corazón traspasado de Jesús el signo del Espíritu (cf. Jn 3,5), ese Espíritu que Jesús “dio” a su pueblo y que es fuente de Vida nueva. Del agua y de la sangre, del bautismo y de la Eucaristía, nacerá la nueva comunidad, la comunidad de la Nueva Alianza. Sin embargo, los discípulos que habían subido con Jesús a Jerusalén y que serían el embrión de esta comunidad de la Nueva Alianza, desaparecieron sin dejar rastro. Están escondidos, en algún lugar de la ciudad de Jerusalén, paralizados por el miedo. ¿Falló el proyecto de Jesús?

A última hora de la tarde de aquel viernes, el cadáver de Jesús fue enterrado apresuradamente en un sepulcro nuevo, situado en un jardín junto al lugar donde había tenido lugar la crucifixión (cf. Jn 19, 38-42). Luego llegó el sábado, el último día de la semana, el día de la celebración de la Pascua judía. Durante todo ese sábado, la tumba de Jesús permaneció cerrada.

A partir de aquí, la narración de Juan cambia de tiempo y de registro. Hemos llegado al *“primer día de la semana”*. Es el primer día de un tiempo nuevo, el tiempo de la nueva humanidad, nacida de la acción creadora y vivificante de Jesús. “El primer día de la semana”, María Magdalena, la mujer que representa a la nueva comunidad, va al sepulcro y regresa confundida y desorientada porque el sepulcro está vacío (cf. Jn 20,1-2). Poco después, todavía “el primer día de la semana”, Pedro y otro discípulo corren hacia el sepulcro y ven lo que María Magdalena había dicho: Jesús ya no está confinado en el dominio de la muerte (cf. Jn 20,3-10). La comunidad de Jesús comienza a despertar de su letargo; comienza a vivir en un nuevo tiempo. Pero se necesita algo más para que los discípulos superen el miedo y asuman su papel como comunidad del Nuevo Pacto. ¿Lo que falta? Al anochecer del “primer día de la semana” (es decir, al final de este primer día de la nueva creación) Jesús encuentra a toda la comunidad reunida en la casa donde se escondían.

El texto evangélico que nos presenta la liturgia de la solemnidad de Pentecostés describe este encuentro entre Jesús resucitado y su comunidad.

MENSAJE

Juan comienza describiendo la situación en la que se encontraban los discípulos antes de que Jesús se les apareciera: el “atardecer”, las “puertas cerradas”, el “miedo”, reflejan la inseguridad y el desamparo que sienten ante este mundo hostil que condenó a Jesús a muerte.

Pero de repente el mismo Jesús aparece “en medio de ellos” (v. 19b). El crucificado está vivo; la muerte no lo venció. Los discípulos ya no son huérfanos, abandonados a la hostilidad del mundo. Al ponerse “en medio de ellos” Jesús resucitado se asume como punto de referencia, factor de unidad, fuente de Vida, vid alrededor de la cual se injertan los sarmientos (cf. Jn 15,5). La comunidad está centrada en Jesús, sólo en Jesús. Es el centro donde todos van a beber el agua que da la Vida eterna.

A esta comunidad que se reúne a su alrededor, Jesús transmite doblemente paz (v. 19 y 21). No es sólo el saludo tradicional hebreo (*“shalom”*); Significa, además, que Jesús superó todo lo que asustaba a los discípulos: la muerte, la opresión, la mentira, la violencia, la hostilidad del mundo. De ahora en adelante, los discípulos de Jesús no tienen por qué vivir paralizados por el miedo. Están en paz.

Después (v. 20a), Jesús muestra a los discípulos sus manos con las marcas de los clavos y el costado traspasado por la lanza del soldado. En estos “signos” está, ante todo, la prueba de su victoria sobre la muerte y el mal de los hombres; pero está también la marca de su entrega a la muerte por obediencia al Padre y por amor a los hombres. La “identidad” de Jesús está impresa en ellos, por así decirlo: es en estos signos de amor y de donación que la comunidad reconoce a Jesús vivo y presente en medio de ellos. La

permanencia de estos “signos” indica la permanencia del amor de Jesús: Él será siempre el Mesías que salva y de quien brotará el agua y la sangre que constituyen y nutren a la comunidad.

A esta “presentación” de Jesús, los discípulos responden con alegría (v. 20b): están felices porque Jesús está vivo; pero también son felices porque saben que ha comenzado un tiempo nuevo, el tiempo en el que la muerte ya no asusta, el tiempo del Hombre Nuevo, del Hombre libre, del Hombre que ha encontrado la Vida definitiva.

Luego, Jesús llama a los discípulos a la misión (v. 21). ¿Qué misión? Precisamente lo mismo que el Padre le encomendó: realizar la obra de Dios en el mundo. Los discípulos realizarán esta misión siempre en conexión con Jesús: son sarmientos unidos a la vid/Jesús, porque sólo así darán fruto (cf. Jn 15,1-8).

Para que los discípulos puedan llevar a cabo la misión, Jesús realiza un gesto inesperado pero muy significativo: “*sopló*” sobre ellos (v. 22). El verbo utilizado aquí es el mismo que en el texto griego de Gn 2,7 (cuando se dice que Dios sopló sobre el hombre de barro, infundiéndole la vida de Dios). Con el “aliento” de Gn 2,7, el hombre se convirtió en un ser vivo; con este “aliento”, Jesús transmite a sus discípulos la Vida nueva, el Espíritu Santo, que los hará Hombres Nuevos y les permitirá vivir como testigos del Resucitado. Es, en verdad, una nueva Creación. De la acción de Jesús, de su testimonio, de su amor, de su don, nació una humanidad nueva, capaz de amar hasta el extremo, de dar vida, de realizar la obra de Dios. Unas horas antes de morir, en aquella inolvidable cena de despedida que tuvo con sus discípulos el Jueves Santo, Jesús les había prometido que no estarían solos y que les daría el Espíritu Santo. Luego lo llamó el “*Espíritu de la Verdad*”, el “*Paráclito*” (Juan 14,16.25; 15,26; 16,13); y les garantizó que este Espíritu permanecería siempre con ellos (cf. Jn 14,16), les enseñaría todo y les recordaría todo lo que Jesús mismo les había dicho (cf. Jn 14,26), les guiaría hacia la Verdad completa, él daría a conocer todo lo que estaba por venir (cf. 16:13). Ahora, después de resucitar, apenas conoció a los discípulos, Jesús cumplió su promesa. Animada por el Espíritu recibido de Jesús, la comunidad de la Nueva Alianza puede ahora comenzar a recorrer su camino a través de la historia. El “aliento” de Vida que Jesús transmitió a sus discípulos los recreará a cada paso, los revitalizará y les dará el valor de ser testigos del Evangelio hasta los confines de la tierra.

ACTUALIZACION

+ En los relatos pascuales aparece siempre de fondo la profunda convicción de que la comunidad de discípulos nunca estará sola, abandonada a su suerte: la acompañará Jesús resucitado, Aquel que venció la muerte, la injusticia, el egoísmo, el pecado. estar en cada paso de su camino histórico. Es cierto que los discípulos de Jesús no viven en un mundo separado, donde la fragilidad y la debilidad del hombre no los toquen. Como otros hombres y mujeres, experimentan sufrimiento, desánimo, frustración, desánimo; tienen miedo cuando el mundo elige caminos de guerra y violencia; sufren cuando son afectados por la injusticia, la opresión y el odio en el mundo; conocen la persecución, la incomprensión y la muerte... Pero, a pesar de todo esto, no se dejan vencer por el pesimismo y la desesperación porque saben que Jesús está “en medio de ellos”, ofreciéndoles su paz y señalándoles el horizonte de la paz. Vida definitiva. ¿Es con esta certeza que caminamos y enfrentamos las tormentas de la vida? ¿Otros hombres y mujeres que comparten el camino con nosotros descubren a Jesús, vivo y resucitado, a través del testimonio de esperanza que damos?

+ El Espíritu Santo es el gran regalo que Jesús resucitado hace a la comunidad de discípulos. Él es el soplo de Vida que nos recrea y nos transforma, a cada momento, en personas nuevas. Sin el Espíritu, seremos barro inerte y no imagen viva de Dios; sin el Espíritu, estaremos paralizados por nuestros miedos y nuestras comodidades, incapaces de tener una actitud constructiva y transformadora; sin el Espíritu, permaneceremos en el escepticismo y la desilusión, sin la audacia profética que transforma el mundo; sin el Espíritu nos esconderemos detrás de leyes, rituales, doctrinas, y no seremos más que mediocres empleados de una religión desalmada y sin amor; sin el Espíritu volveremos continuamente a viejos esquemas y viejos hábitos, incapaces de dejarnos cuestionar por los siempre nuevos desafíos de Dios; sin el Espíritu, estaremos cada vez más encerrados dentro de los muros de nuestros templos, incapaces de encontrarnos con el mundo y llevarle la propuesta de Jesús... Sin el Espíritu, nunca tendremos el coraje de continuar la obra de Jesús en el mundo. Sin embargo, el Espíritu sólo obra en nosotros si estamos

disponibles para acogerlo. No se impone ni falta el respeto a nuestra libertad. ¿Estamos disponibles para acoger el Espíritu? ¿Está nuestro corazón abierto a los desafíos que el Espíritu nos lanza constantemente?

+ Son muy sugerentes los nombres con los que Jesús, en la Última Cena, designa al Espíritu prometido: “Espíritu de Verdad” y “Paráclito”. Él es el “Espíritu de la Verdad” porque nos trae, a cada paso, la Verdad de Dios, una Verdad que el mundo necesita escuchar y que los discípulos de Jesús deben testimoniar sin tibieza; Él es “Paráclito” (“el que consuela o conforta”; “el que alienta”; “el que intercede”; “el que defiende”) porque nos da la fuerza y el coraje para enfrentar las tormentas y los malentendidos del mundo. No caminamos “sin red” y sin dirección, abandonados a nuestra suerte, tropezándonos a cada paso en la oscuridad y la incertidumbre; caminamos con el Espíritu que nos señala la Verdad, que nos muestra el camino, que nos anima y fortalece en cada paso. ¿Confiamos en el Espíritu de Verdad que Jesús nos dejó y nos dejamos guiar por Él? ¿Nos sentimos confiados y serenos en el camino, seguros de que el Paráclito nos defenderá y nos dará la fuerza para vencer el mal y la muerte?

+ La acción del Espíritu Santo no se limita a los límites institucionales de la Iglesia. Él está presente en el corazón de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, creyentes o no creyentes, que están dispuestos a luchar por un mundo más bello, más justo y más humano. Podemos percibir la presencia y la acción del Espíritu en tantos gestos de bondad, de amor, de compartir, de servicio, de perdón, de cuidado, de aceptación que se suceden en todas partes y son semillas de un mundo nuevo. La contemplación de estos gestos, signos vivos del Espíritu, debe ser para nosotros fuente de alegría y esperanza. ¿Hemos notado los signos de vida nueva que están brotando por todas partes y que señalan la presencia y la acción del Espíritu en el mundo? ¿Nos sentimos agradecidos con Dios por todo lo que está haciendo en el mundo, incluso cuando su acción se da a través de hombres y mujeres que tienen una posición diferente a la nuestra respecto de la fe o la manera de ver la vida?